



Las batallas por la transición: José Francisco Ruíz Massieu y las luchas de la izquierda en Guerrero

Humberto SANTOS BAUTISTA

“La muerte de Luís Donaldo Colosio, me devolvió la capacidad de entristecerme”. Así empezaba aquel artículo de José Francisco Ruíz Massieu, publicado en el periódico *la Jornada*, en marzo de 1994 –un día después del asesinato del candidato del PRI a la Presidencia-, y terminaba con una frase no menos lapidaria: *“Pobre de México...pobre de mí...”* No sabía que esta última expresión se iba a convertir en su epitafio, porque seis meses después, él mismo iba a ser víctima de lo que Colosio alguna vez definió como *“la perversidad del sistema”*.

Estos magnicidios se iban a convertir en el presagio de una regresión al México Bárbaro, porque eran señales inequívocas de que algo cambiaba para siempre en el país. Ruíz Massieu lo había advertido poco antes de morir: *“...o cambiamos o nos cambian...”* La historia le dio la razón: después de su muerte los cambiaron, aunque sólo haya sido un cambio de partido en el gobierno y el régimen haya seguido siendo el mismo.

Tanto a Luís Donaldo Colosio como a Ruíz Massieu los heredó la tragedia y quizá hasta las razones que propiciaron su muerte. Por lo menos eso es lo que muchos analistas escribieron: El discurso del 6 de marzo de 1994 que Colosio pronunció en el Monumento a la Revolución, y que fue interpretado como una ruptura con el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, sirvió para tejer en el imaginario del pueblo la sospecha de la conspiración.

JOSÉ FRANCISCO RUIZ MASSIEU:
A QUINCE AÑOS DE SU MUERTE

Don Julio Scherer García refiere en uno de sus libros un diálogo que tuvo con Colosio y que, de hecho fue el último: “¿Conoce tu discurso el Presidente?” La respuesta deja una duda profunda: “Él me entenderá”. En el caso de José Francisco Ruiz Massieu, la tesis de la conspiración que lo envolvió fue casi natural: No sólo era Diputado Federal y casi seguro Coordinador de los Diputados del PRI en el Congreso de la Unión, sino que además era el secretario general de su partido. Por su posición política y su aportación intelectual al interior del Partido era evidente que representaba un proyecto con aires renovadores que chocaban con los viejos políticos priístas, de quienes se refería con sorna como “los fordicos de los sesentas”. Colosio y Ruiz Massieu tenían otra cuestión común que selló su destino: su relación cercana con la familia Salinas de Gortari.

Los soliloquios del poder y la izquierda guerrerense

José Francisco Ruiz Massieu, fue gobernador de Guerrero de 1987 a 1993. Le gustaba definir a su gobierno como “un gobierno de ideas y de hechos”. En realidad, no hubo un debate de ideas con los actores políticos del Estado y con relación a “los hechos”, no se vieron reflejados en un mejoramiento de las condiciones de vida de la población. Ruíz Massieu fue gobernador por voluntad del poder, pues antes de ser gobernador no había tenido ningún otro cargo de elección popular. Todavía eran los tiempos de la hegemonía casi absoluta del PRI.

El estilo de gobernar de José Francisco Ruiz Massieu en Guerrero contrastaba con lo que reiteraba en su discurso sobre el diálogo: nunca dialogó con la izquierda porque no le interesaba su colaboración sino su subordinación. El discurso del demócrata quedaba opacado por las acciones encaminadas a detener al costo que fuera el avance de la izquierda en el Estado. Las protestas electorales eran sofocadas con represión no con la ley. Su enfrentamiento con el PRD se agudizó con las elecciones de 1989, que derivó en un conflicto electoral de larga duración. Para Ruíz Massieu, el PRD, era “el partido de la violencia y de la sangre”, calificativo que los perredistas no tardaron en responder diciendo que ellos ponían la sangre y el gobierno la violencia.

En ese contexto, el diálogo con la izquierda partidaria era casi imposible y el conflicto se radicalizó. Ruíz Massieu no resistió las tentaciones autoritarias en el ejercicio del poder y en su sexenio cientos de perredistas fueron asesinados y desaparecidos. La vocación democrática que formalmente se pregonaba terminó subordinada a la vocación autoritaria con la que se ejercía el poder.

La izquierda, por su parte, tampoco se caracterizaba por su cultura del diálogo. Nada era más ajeno a la izquierda que una cultura democrática. Le pesaban los dogmas y un discurso descontextualizado, por su incapacidad de pensar la realidad social al lado de la gente.

Después de 1989, con el llamado “derrumbe socialista”, casi se abandonaron a su suerte los sueños y las aspiraciones de los sectores excluidos. La izquierda se quedó sin discurso y sin proyecto y los sustituyó por viejas consignas para el marketing electoral. Se olvidó que la movilización por sí misma no era acción política y que hacían falta ideas y propuestas a los grandes problemas que enfrentaban los guerrerenses en su vida cotidiana. Esos vacíos fueron llenados por el autoritarismo del régimen de ese tiempo.

En esas circunstancias, la ausencia de proyecto propició que el debate de ideas quedara ausente y que el diálogo fuera sustituido por “la violencia y la sangre”. La política al estilo de Ruíz Massieu no era precisamente para promover la democracia sino la voluntad de imponer el estilo del tecnócrata. Tenía claro que en Guerrero no tenía interlocutores porque conforme a sus parámetros no había demócratas. Pensaba a Guerrero desde los marcos ortodoxos del derecho y esa fue la mayor de sus limitantes, porque simplemente Guerrero no cabía en esos marcos. El mismo dio la mejor evidencia de ello: fue Ruíz Massieu quien creó la Comisión Estatal de Derechos Humanos en Guerrero, y tal vez sin proponérselo, con esa acción, reconocía que en Guerrero se violaban los derechos humanos.

¿Cómo entonces pretendía entender a Guerrero como un Estado de Derecho?

Esa era la paradoja de Ruíz Massieu: Guerrero no cuadraba en los marcos teóricos tradicionales y, en teoría, el pretendía su

JOSÉ FRANCISCO RUIZ MASSIEU:
A QUINCE AÑOS DE SU MUERTE

modernización, pero aplicando métodos políticos que poco tenían de modernos y democráticos. No obstante, fue quizá el que más se aplicó para leer y entender los grandes problemas de Guerrero, y de alguna manera sabía que son el resultado de que no nos hemos atrevido a nombrarlos como son, y que esta evasión no era casual, sino que respondía a una tendencia cultural de que pocas veces queremos mirarnos al espejo, porque la imagen que nos devuelve, refleja las inercias mentales, nuestras debilidades y los grandes vacíos que existen en nuestro lenguaje para explicar nuestra realidad.